

Bob Dylan y Allen Ginsberg: hermanos de sangre

Sergio Monsalvo C.*

En el 2001 Bob Dylan cumplió sesenta años (1941, Duluth, Minnesota). En el 2002 festeja cuarenta de su primera grabación (Bob Dylan, CBS, 1962). Hasta el momento el listado de su obra abarca 52 discos oficiales, entre realizaciones de estudio, conciertos y recopilaciones. Todos muy celebrados y analizados de manera exhaustiva. Sin embargo, hay por ahí un par de producciones no consideradas dentro de su catálogo y que no obstante resultan importantes (no sólo por la música) para el ámbito cultural del último tercio del siglo XX. Se trata de las sesiones que llevó a cabo con el poeta beat Allen Ginsberg.

Ambos se conocieron a fines de 1963 en Nueva York. Fue la noche misma en que Dylan recibió el premio Tom Paine de parte del Comité de Emergencia por las Libertades Civiles. Dylan había leído a Ginsberg durante su breve temporada universitaria en Minneapolis, entre 1959 y 1960. Y Ginsberg de seguro había escuchado las primeras grabaciones de Bob. Inmediatamente se creó entre ellos un vínculo muy especial de amistad.

En cuanto a lo cronológico estaban más cerca el uno del otro de lo que se pudiera pensar. Ginsberg, que nació en 1926, sólo le llevaba 15 años a Dylan. Además, en lo que se refiere a publicaciones empezó muy tarde. *Howl*, su primer libro, se publicó en 1956, apenas un lustro antes del álbum inicial del cantautor. Ginsberg, de cualquier manera, fue el evidente precursor de Dylan. No habría que subestimar en ello el efecto de *Howl*,

libro que en los Estados Unidos proclamó la posibilidad de una poesía vital y contemporánea en lenguaje coloquial. Sería difícil imaginar la existencia del clima cultural que envolvió a Dylan a principios de los sesenta sin el impulso que partió de Allen Ginsberg y de la generación beat en general. Éste, además, introdujo al joven poeta Dylan en la lectura de Rimbaud, Lorca, Apollinaire, Blake y Whitman, de manera profunda y sistemática.



Los encuentros y apoyos mutuos comenzaron de manera regular desde 1964 en sesiones fotográficas, en filmaciones (como la de *Don't look back* del director Pennebaker); Ginsberg fue el intermediario para el encuentro de Dylan con los Beatles (que marcó cambios en la música de éstos); Dylan, a su vez, le regaló una grabadora portátil para que registrara sus observaciones y flujos de conciencia mientras recorría la Unión Americana —en combi— en compañía de Peter Orlovsky. Dichas grabaciones

fueron la base para el libro *The Fall of America*. Ginsberg, asimismo, le dedicó una serie de poemas, como en *Blue Gossip* de 1972.

No obstante, el intercambio más importante y productivo se dio en noviembre de 1971, cuando Ginsberg realizó el intento más serio por transferir sus obras poéticas al medio de la canción. Él, que como poeta había inspirado a Dylan, como músico se convirtió por un tiempo en alumno de éste. Tuvieron tres sesiones: dos en los estudios Record Plant y una durante la transmisión del programa televisivo *Freetime* para la cadena PBS. En tales grabaciones participaron músicos, poetas y amigos. La gama abarcó desde los cantos budistas hasta la lectura musicalizada de poemas de Blake. La canción más contagiosa emergida de ahí fue el rock "Vomit Express". No obstante, el tema más importante resultó ser "September in Jessore Street", que contenía las observaciones de Ginsberg sobre unos refugiados hindúes que trataban de llegar de Pakistán a Calcuta. El poema fue escrito para estas sesiones de manera especial.

A pesar de los esfuerzos, la grabación resultó un caos total. Los músicos invitados no tocaron ni en el mismo ritmo ni en el mismo tono y nadie, mucho menos el propio Ginsberg, fue capaz de unirlos todo. Casi dos décadas después Hal Willner, el productor de la caja antológica de CDs de Ginsberg, *Holy Soul Jelly Roll* (Rhino Records, 1994), volvió a mezclar las cintas originales, las combinó con grabaciones posteriores y de esta forma creó una obra ejemplar y de alguna manera fantástica.

* Escritor y periodista. Dirige la revista *Scat*.

El cuerpo humano, cuerpo religioso

Marcela Sánchez Mota*

En su versión, Hal Willner eliminó todo lo ocurrido en la sesión anterior, excepto la voz de Ginsberg y el piano y órgano de Dylan, mezclando estos elementos de nueva cuenta. Las figuras en el teclado, pensadas originalmente como complemento para instrumentaciones más complejas, quedaron solas como contrapunto al canto de Ginsberg. "Fue el momento culminante de la grabación", escribió éste, "cuando Dylan hizo descender sus diez geniales dedos sobre el teclado. Fueron los puntos percusivos que subrayaron las distintas formulaciones". A la distancia es posible que se trate de la mejor interpretación de Dylan en el piano que se haya grabado hasta la fecha.

En 1982 ambos volvieron a reunirse en los Rundown Studios de Santa Bárbara, California. Produjeron una animada versión del poema "Do the Meditation Rock", así como dos tomas de "Airplane Blues", en las que Dylan tocó los instrumentos de cuerda. A la postre Ginsberg se unió a la gira Rolling Thunder Review de Dylan y representó también el papel de "El Padre" en la cinta semiautobiográfica de éste, *Renaldo y Clara*. Participó también en algunas presentaciones del cantante en la cárcel de Trent, leyendo poemas, y escribió las *liner notes* del disco *Desire*.

En 1997 la muerte de Ginsberg selló una amistad de 34 años. Cuando le pidieron a Dylan un comentario al respecto, dijo lo siguiente: "En la vida sólo he conocido a dos personas sagradas para mí. Una de ellas fue Allen Ginsberg, mi amigo, mi hermano mayor".

Ante la incertidumbre y el misterio, el hombre primitivo sufre el miedo a través de sus cinco sentidos. Un miedo que ocurre en su cuerpo cientos de veces desde su nacimiento, cuyas huellas están impresas en su memoria y en todo su sistema nervioso. El miedo parece inagotable. El hombre busca el vehículo mágico al más allá, al mundo de "los otros", el de la muerte o el de los dioses —y lo encuentra en su propio cuerpo.

Sobre la piedra aparece grabado el cuerpo de una mujer obesa con un marcado ombligo sobre el que reposa la mano izquierda y unos grandes senos que cuelgan pesados de leche: parece la Madre-Tierra; es la Venus de Lausel (25,000 a.C.), una de las imágenes más antiguas del mundo (paleolítico). El hombre no sólo intenta atrapar el alma de los animales, también quiere apresar a los dioses para convivir con ellos. El primitivo inicia la toma de conciencia de su propio cuerpo y en él percibe su fragilidad y su diferencia. La noción del dios-hombre dotado de poderes sobrenaturales se anuncia gradualmente al lado de la figura del mago o el curandero. Los dioses encarnan en la figura del rey. Entre los egipcios, el faraón es el rey-dios que habita el mundo junto a otros dioses sobrenaturales y divinidades zoomórficas.

En la tradición védica las divinidades están directamente vinculadas al cosmos. Todo sacrificio ritual asegura la continuidad del mundo por la repetición del acto fundacional: el acto de procrear. La doctrina clásica del

Ayur-Veda afirma que el cuerpo humano está formado por cinco elementos: espacio, viento, fuego, agua y tierra. La materia del cuerpo es el resultado, en extremo complejo, de las proporciones en que se combinan dichos elementos. El cuerpo en estado puro es la base de la psique (alma). La vida se encuentra almacenada en los huesos, el fuego es el encargado de liberarla. En el proceso de creación de los seres humanos, tanto el semen como la sangre del útero, antes de unirse, contienen cuatro de los elementos; el espacio es el último elemento que se incorpora en el proceso de fertilización. Para los hindúes no bastan esos cinco elementos: es necesario otro elemento esencial el mana, karman o atman (espíritu y conciencia acumulada de otras vidas) para la formación del individuo. En los Upanishads, el sacrificio material tiene la posibilidad de transformarse en un proceso negativo que conduce al ser humano a la metempsicosis o *samsara* (transmigración de las almas) circuito infernal del cual sólo es posible liberarse a través de la gnosis (conocimiento). La identidad divina de los hombres radica en el cosmos, lejos de cualquier posibilidad de contaminación material (idea que reaparece entre los gnósticos del cristianismo primitivo). En los Upanishads más antiguos (1200 a.C.) la simiente divina procede de los alimentos y se genera a través de un ciclo eterno: "del agua, la tierra; de la tierra, las hierbas; de las hierbas, los alimentos; de los alimentos, la semilla; de la semilla, el hombre. El hombre es de este modo la esencia de los elementos" (Taittiriya Upanishad). La cremación

* Socióloga y bailarina